

PASEO HUERFANOS (Ex Calle de Los Huérfanos)

SOLO daba audiencia a los pisaverdes en sus portalones de caballerizas y cuartos redondos, sin otro pebetero que el perfume de los huertecillos ni otra luminaria que la luna. Empezaba la calle en la esquina de las Claras con la casa de Salguero y seguían las sombras pajizas de las mediaguas que en el día cobijaban a los trajineros de las haciendas de don Mateo de Toro, y en la noche servían para pecadero de su hijo Joaquín, tan consentido y veleidoso como gastador de onzas.

A tres cuadras de la esquina del Rey, hacia el poniente, se divisaba el mirador de la casa llamada "de la Moneda Real", y que a los ojos ávidos de chapetones y mestizos surgía en el encantamiento de las noches de luna con una corona de azul de plata. Era esa casa esquina, sudoeste con la de Morandé, la de don Francisco García Huidobro, y se habían acuñado en ella las primeras onzas de oro de Casuto y Andacollo, con el busto de Fernando VI y el collar de Toisón.

La muchedumbre que por allí transitaba olvidó el humilde origen del "callejón de las caballerizas" de don Mateo para dar el metálico canto de "la Moneda Real". De los huecos de las puertas, donde se sentaban a platicar los vecinos de los corrales, salía la historia de la casa de amonedación con olor a narigadas de rapé y a pelambrillo de cambistas limeños.

Se susurraba que don Francisco iba a ser más rico que el Rey mismo, sellando onzas con menos ley que fijada por el marco legal. Muchas otras cosas decíanse con el ruido del viento y el croar de los sapos. ¡Las malas lenguas empezaban a lamer los cimientos de la Casa!..

Pasó el tiempo y llegó el año de 1770. El chismecillo pecó por maligno, y los culpables se santiguaron pidiendo perdón. Solo los cambistas, que a toda costa querían llevarse a Lima el oro en pasta y tejos, buscaban medios de apretarles las calzas a don Francisco. Si no salieron con los que el diablo les ordenaba, en cambio le quitaron su fundición, pues el Rey mandó, por cédula real, que se incorporase a su Corona. La orden se cumplió. Los hornos dejaron de arrojar sus columnillas de humo sobre la calle, las maquinarias y volantes cesaron su trabajo de acuñación, y cuando la nueva Casa empezó a funcionar, surgió el recuerdo jubiloso del día en que vio Santiago, por primera vez, los doblones con la imagen del Rey, y este ensueño que representaba el esfuerzo por el cual durante ciento sesenta y cinco años el marqués de la Casa Real tuvo su antigua fundición, con el nombre "de la Moneda Vieja", hasta el año 1830, para distinguirla de la otra que, como un fantasma, levantaba la sombra de su recia Casa de Moneda.

Cuando la casa de acuñación de don Francisco Huidobro desapareció de la calle, vino otro personaje a enmarcar allí su curiosa personalidad. Era don Tomás Alvarez de Acevedo, más conocido con el nombre de Regente, que lo había sido de la Real Audiencia. Este gran señor, en medio de su pobreza, vivía arrinconado en el antiguo "callejón de las caballerizas", y su puerta ostentaba un adelanto, digno de recordarse en el romance de las viejas calles: el número de orden de la casa, y que la atónita muchedumbre de magnates y mestizos no podía comprender que reemplazara el escudo

nobiliario, "prenda gloriosa del arnés", como decían, y no el número infamado y común del presidiario

El Regente Acevedo, el año 1780, en el interinato de su laborioso gobierno, introdujo este adelanto local que causó escándalo entre los grandes del reino. Sin embargo, la calle bautizada con el nombre "del Regente" y substituyó a los antiguos, y pudo haber persistido aún hasta nuestros días si no hubiera sido por enorme caserón de ladrillos que ya existía desde el año de 1758, destinado para los infelices expósitos en los arrabales del poniente.

En este sitio había elegido el marqués de Monte- Pío, don Juan Nicolás de Aguirre, una manzana de cuatro cuadras en contorno, comprendida entre las actuales de las Agustinas y los Huérfanos y sus atravesadas San Martín y Manuel Rodríguez, para fundar un Hospicio de Pobres con recogimiento y crianzas de huérfanos.

La miseria hacía que las criaturas que nacían del vicio y la pobreza quedasen expuestas en las calles y en los campos a ser pasto vergonzoso de los animales. El marqués refería que, appena se supo la intención suya de fundar un asilo, le arrojaron en la puerta de su casa, en un mismo día, veinticinco criaturas.

En esos años corría por la calle, a tajo descubierto, una acequia que, después de atravesar la Hospedería, iba a perderse en el llanito de Guangualí como un estero traído de la cordillera.

La casona de ladrillos aparecía por fuera como una fortaleza, dejando, en el espesor de la muralla, algunos huecos de luz que semejaban mirillas por los trenzados haces de hierro forjado. La portada, como la de los conventos, dejaba ver un patiezuelo rodeado de corredores y puertas.

En la "vista de ojos" que le hiciera el oidor don José Clemente de Traslaviña, pudo cerciorarse de que en su interior habíase gastado verdadero lujo en establecer no sólo hospedería, sino capilla, con un Santo Cristo de "hechura romana", y, como era natural, hasta un torno en miniatura para expósitos en beneficio de los pobres. Abastecieron los dormitorios con las "cujas" o catres de maderas del país, y los diez telares para tejer bayeta fueron un canto al primor de la mano indígena.

La capilla, edificada en el centro de la casona, se dividía en dos secciones para separar hombres y mujeres, y tenía en lo alto del tejadillo un encantrado, sobre el cual suspendíase una campana para llamar a misa a todo aquel barrio.

Siguieron años de piadoso recogimiento a la benéfica fundación, cuyo torno no dejaba de girar para recibir en su regazo el tierno presente.

En el mes de octubre de 1779 apareció en Santiago una epidemia conocida con el nombre de "malcito" (cólera morbus). Habían traído el contagio los marineros de una escuadra que, al mando del almirante Vaccaro, viniera del Callao a Talcahuano para vigilar a los corsarios ingleses.

La epidemia del "malcito" empezó a diezmar la ciudad. La gente pobre y desvalida veía en el flagelo la expiación del Judío Errante, que vagaba por todo el mundo esparciendo su

dolor y su rencor. Se hizo una rogativa a la Virgen Santísima del trono, venerada en la iglesia de Santo Domingo, y por la que más devoción tenía el vecindario; otra a Nuestra Madre y Señora de la Merced, por tres días; y, después de la novena del Señor Santiago Apóstol, patrono de la ciudad, se sacó su efigie en procesión por las calles. Inútiles fueron todos los medios cristianos con que los religiosos estimularon su celo para extirpar la peste, ocurriendo a las clemencias del cielo; por el contrario, el mal cundía y hubo que habilitar para lazareto de coléricos la Casa de Huérfanos, ya derruida, del Marqués de Monte-Pío, nombrándose de administrador a don Diego Portales Andía e Irarrázabal.

Se asistió en esas salas, durante la epidemia que duró desde octubre de 1779 hasta enero de 1780, a 3.978 mujeres.

Un año después el Cabildo reclamó la antigua Hospedaria, volviendo a establecerse la casa de expósitos durante tres largos decenios. Pero llegado el año 1812, la Junta de Gobierno revolucionario la destinó para cuartel del cuerpo de Granaderos, recién creado, y del que fue su primer comandante don Juan José Carrera.

La calle, entretanto, dejaba correr por la acequia el agua purificadora que iba a redimir de las pasadas pestes la antigua casa de los huerfanitos. En las tardes solía soplar un viento que embalsamaba esos lugares con el olor del arrayán y toronjil del llanito vecino. Su calzada mostrábase menos dura para el desamparado que iba en busca de asilo y sentía el toque levísimo de la campana de su capilla. Sobre la casa velaba una mano protectora que no dejaba que torcieran su destino de acoger al hijo de nadie. Después del triunfo de Maipú, volvieron los huerfanitos a ocuparla. Sólo el año 1850 se les vio salir en gorjeante procesión, custodiada por tocas blancas, en dirección al nuevo asilo de la Compañía abajo, desde donde se trasladaron a la Casa de la Providencia.

El solar de los pobrecitos expósitos se repartió entre diversos dueños, y cuando se abrieron los heridos para echar los cimientos de las casas de los señores Díaz, Reyes, Valenzuela, Figueroa y Echeverría, se descubrieron restos humanos del antiguo camposanto de los coléricos del año 1780. Pero en la calle ninguna de estas historias se sabe, aún aquella de los 30.000 pesos que escondió el brigadier Maroto en un sitio de dicha manzana. Los que terminaron con el siglo de las luces decían que en el pozo del antiguo huerto, al repercutir una gota fúnebre, se podía escuchar ciertas noches cómo se corría el tesoro en la tierra socavada del cementerio. Los que vamos corriendo en el actual sólo sabemos que el nombre "de los huérfanos" responde a la pátina de lo prócer, a los salieron de la dura prueba y encontraron Patria donde lavar el pecado de los padres que los abandonaran en el torno del asilo colonial.

Fuente:

Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu